

*Transferencia de amor*

Pero no puede desconocerse tampoco que se ha ido diluyendo la fe; que se ha ido traspasando el amor, desde el médico que con arte espectacular abría la ventana en la tráquea, al suero antidiftérico de efectos maravillosos; desde el válido de la familia que diagnosticaba... o creía diagnosticar con un simple termómetro, un mango de cuchara y una toma de pulso, al oscilómetro, al hemocultivo, a la ampolla de Röntgen. Habitados a los positivos progresos de la Propedéutica, de la Patología y de la Terapia, se ha podido imaginar que estaban mecanizados y convertidos en fórmulas matemáticas los principios clínicos. Y la vulgar creencia conduce a que el médico pierda su valor exclusivamente personal, su categoría de genio que actúa por misteriosas inspiraciones dimanadas de poderes sobrenaturales o bien de una ciencia abstrusa. El propio médico moderno, al explicar ingenuamente con honradas vulgarizaciones, los nuevos métodos que la ciencia le proporciona para que pueda conocer y utilizar más fácilmente la verdad, destruye el encanto empírico y deja ya de recibir el culto público, mientras la Medicina se erige en única diosa.

*La baja del médico providencial*

La cruel paradoja continúa triunfando. A medida que la ciencia médica avanza por el sendero experimental de la investigación moderna, logrando sus mejores conquistas y dotando a la clínica de nuevos y más preciados recursos, el médico pierde su antigua preponderancia. Caen en baja el milagro y con éste el médico providencial. Y entonces el médico científico, capacitado e inteligente es respetado por los espíritus selectos. Alguna vez, se le ama. Muchas veces, no todas, se le paga. Se le paga como a un artista o como a un servidor. En general, mercantilmente. ¡Nada de estipendio de misa!

Es curioso el cambio de los tiempos. Al médico del siglo XVIII, tan bondadoso como empírico, se le estima como a un familiar. Al "físico" del siglo XV se le admira supersticiosamente. A los sacerdotes curanderos de las primitivas religiones se les sigue con idolátrica obediencia. Los *iatrosofistas* romanos o *médicos charlatanes* del Imperio de César, obtienen las más fervorosas popularidades. En el año 117 después de J. C., el emperador Adriano publica un edicto concediendo importantes preferencias a los médicos, tales como librarlos de algunos servicios molestos, el de las armas, desde luego, y eximirlos de impuestos. ¡Exactamente todo lo contrario que nuestros ministros y pretores del siglo XX!

*El atávico culto de lo misterioso*

Sin embargo, es terrible el poder atávico de esta tendencia religiosa que persiste en nuestros días llevando, incluso a hombres que poseen cierta cultura, a la ciega admiración de cualquier aventurero que asegure obrar sobre la salud por virtudes sobrenaturales o simplemente misteriosas. Estos individuos, a poco que cuenten con la protección o la complacencia de las autoridades y tengan habilidad truhanesca para hacer sonar los altavoces de la gran prensa, ávida de sensacionalismos, logran una veneración popular superior a la que suelen adquirir los más honrados padres de la ciencia. Es triste, sin duda, que el hombre científico no atraiga el fervor que colma en todas las edades al taumaturgo. Pero la gloria